

DOS DOGMAS DEL EMPIRISMO – W.V.O. QUINE

LA CONQUISTA DE LA SUERTE

Miguel Martínez Rodríguez.
Filosofía – Grupo 26
Curso 2007-2008
Miguelrapido3@gmail.com

Resumen

Dos dogmas del empirismo presenta una crítica de la semántica realista desde el punto de vista del pragmatismo. En el artículo presentamos ambas teorías del significado para explicar en qué sentido la crítica de los dos dogmas del empirismo permite el paso de la semántica realista a una explicación holista y empírica del significado. La tesis que defendemos es que la crítica de Quine se dirige contra Frege y su teoría del significado, aceptando la distinción entre sentido y referencia. El dogma de la analiticidad se refiere a la forma de determinar el sentido y el dogma del reductivismo a la forma de determinar la referencia. Sólo reinterpretando la determinación del sentido y la referencia al margen de los dos dogmas, puede Quine continuar con la distinción sentido y referencia al adaptarlas a una perspectiva holista del significado.

Asimismo se trata de dar respuesta a la pregunta propuesta en clase:

“El verificacionismo propone una teoría del significado. Además, el empirismo lógico está comprometido con otras dos tesis, la distinción analítico/sintético y el reductivismo. Estas dos tesis serán criticadas por Quine en su artículo *Dos dogmas del empirismo*. Explica brevemente cómo se conectan estas tres tesis y cómo el rechazo de alguna de ellas afecta a las otras. Por ejemplo, ¿cómo se comportan los enunciados analíticos en relación con la experiencia? ¿Se podría revisar una oración analítica?

Semántica realista y el pragmatismo

Un origen del problema del significado lo encontramos en Platón cuando en el *Cratilo* se pregunta si los nombres significan por naturaleza o por convención, es decir, “si las palabras comportan los significados *naturalmente* o por *consenso* entre los hablantes”¹. El problema que el diálogo pone de relieve, es la naturaleza y fundamento del significado y la relación de las expresiones lingüísticas significativas con los objetos a los cuales se refieren². En el siglo XX, se da respuesta al interrogante platónico desde varias posturas. Una de ellas es el *realismo semántico*. Su origen está Liebniz que

¹ J. L. BLASCO *Teoría del conocimiento*. Universitat de Valencia. 2004. pp.,173

² J. L. Blasco. 2004, pp., 173

plantea la tesis básica: “las expresiones lingüísticas y las estructuras ontológicas son isomorfas”³.

Frege, que fundó la semántica moderna, generalizó los análisis realizados en lenguajes matemáticos para lenguajes naturales. Esto le llevó a distinguir en la noción de significado entre sentido y referencia. La objetividad de la referencia puede comprobarse puesto que ésta apunta a los hechos, pero con el sentido resulta más difícil de formalizar: éste puede ser un contenido mental subjetivo o bien es una estructura objetiva universalmente válida. La primera alternativa conduce a la subjetividad y al solipsismo, la segunda a una forma de platonismo semántico. Frege opta por la segunda. Para él, los sentidos son objetivos, universales y comunicables. El significado se constituye así de acuerdo a estas dos nociones objetivas: sentido y referencia.

Más adelante Wittgenstein establece el significado según la relación entre los hechos lingüísticos y los hechos reales. Recuperando la idea de Leibniz, destaca tres aspectos básicos de la relación de isomórfica entre el lenguaje y el mundo⁴:

- 1) El isomorfismo ocurre entre las estructura semántica y ontológica,
- 2) El isomorfismo es universal y se hace presente en todas las lenguas.
- 3) El isomorfismo es el fundamento de la verdad.

Este isomorfismo se basa en la relación existente entre una proposición simple y un hecho atómico: “una proposición es una figura de la realidad”⁵. Según esta relación la proposición afirma algo sobre la existencia de hechos del mundo:

“La proposición más simple, la proposición elemental, asevera la existencia de un estado de cosas”⁶

En la relación de figuración hay una correspondencia uno a uno de los hechos lingüísticos y de los hechos de la realidad. Las representaciones isomórficas constituyen un modelo de las relaciones y elementos de la realidad. La forma lógica de estos modelos es común con la forma lógica de la realidad, de manera que se convierte en la fundamento de la identidad entre ambos.

La tesis del *Tractatus* es que “el lenguaje es un espejo del mundo, los enunciados elementales modelan los hechos elementales, y los enunciados complejos, contruidos mediante los conectores lógicos, modelan los hechos complejos del mundo”⁷.

La postura de Wittgenstein se mantiene dentro del realismo semántico al decir que “el mundo es tal y como nos lo representamos, bien sea mediante formas

³ J. L. Blasco. 2004, pp.,174

⁴ J. L. Blasco. 2004, pp.,174

⁵ WITTGENSTEIN, *Tractatus lógico-philosophicus*. Traducción VALDÉS VILLANUEVA. Ed. Tecnos. 2007. Madrid. 4.01

⁶ Wittgenstein. *Tractatus lógico-philosophicus*, 4.21

⁷ J. L. Blasco. 2004, pp., 178

«conceptuales» (tradición aristotélica), bien sea mediante formas lingüísticas que *muestran* la realidad descrita cuando las comprendemos”⁸. Lo que subyace a la teoría de la representación de Wittgenstein no es otra cosa que el supuesto del realismo semántico: “a cada nombre un objeto, y a cada categoría lingüística una categoría real”⁹. La consecuencia de esto, en la línea de la semántica realista es que “entendemos el lenguaje cuando entendemos las palabras”. Según Wittgenstein:

“La traducción de un lenguaje a otro no es un procedimiento que consista en traducir cada proposición del primero por una proposición del segundo, sino que sólo se traducen las partes constituyentes de las proposiciones”¹⁰

Las relaciones que supone la semántica realista entre el lenguaje y el mundo suponen una forma de verificacionismo. En su forma reductivista, esta perspectiva es criticada por Quine en el artículo, *Dos dogmas del empirismo*. La tesis básica del realismo semántico es que “la epistemología está basada en una ontología fundamental”¹¹. En la última parte de su artículo, Quine expone las relaciones entre la ontología y la epistemología cuando el verificacionismo no puede operar según el dogma reductivista. En tal caso, adelantamos, los dioses homéricos tienen la misma validez ontológica que los átomos. La elección de una u otra ontología no es una cuestión de correspondencia de enunciados individuales con hechos.

Además de la semántica realista hay otra tradición semántica desarrollada según supuestos conductistas: el pragmatismo. Ésta línea de pensamiento, considera el lenguaje básicamente como una conducta humana. Así, “la función básica de la semántica no es la relación significativa entre palabras entidades, sino la conducta global humana, en diversos contexto vitales y con diversas intenciones y propósitos”¹². Esto supone reemplazar conceptos de la semántica realista como idea, proposición, sentido, etc que establecían el vínculo entre lenguaje y realidad, por otro concepto fundamental: el *uso de las expresiones lingüísticas*. En la pragmática, cobra mayor relevancia la interpretación del significado a partir de la conducta de los hablantes que desde las diversas nociones semánticas. El lenguaje deja de ser una forma de figuración, una representación isomórfica, para ser considerado según su uso: “informa, valora, evoca y sistematiza”¹³. Para Quine, “el lenguaje es una conducta social regida por estímulos socialmente observables, y en ella reside el único método que permite comparar significados”¹⁴.

Hacia una teoría pragmática del significado

Quine acepta la dualidad fregeana entre sentido y referencia, distinguiendo así dos campos en la semántica: la teoría de la referencia y la teoría del significado. La

⁸ J. L. Blasco. 2004, pp., 179

⁹ J. L. Blasco. 2004, pp., 179

¹⁰ Wittgenstein. *Tractatus lógico-philosophicus*. 4025

¹¹ J. L. Blasco. 2004, pp., 180

¹² J. L. Blasco. 2004, pp., 181

¹³ J. L. Blasco. 2004, pp., 182

¹⁴ J. L. Blasco. 2004, pp., 182

primera “debería *estructurar* la relación entre las palabras y los objetos”¹⁵, la segunda debería *determinar* las condiciones epistemológicas de la sinonimia entre diversas expresiones lingüísticas –es decir, la posibilidad de *traducir*, preservando la *identidad de significado*–. Como modelo teórico para estas teorías, Quine adopta la *traducción radical*. Respecto del sentido, toda traducción es indeterminada (*indeterminación de la traducción*), respecto de la referencia, toda referencia es inescrutable.

La perspectiva de Quine es crítica con la teoría del significado Fregeana. En ella era posible determinar entidades objetivas como sentido y referencia de las oraciones, pero también de las partes de las oraciones según el principio de composicionalidad. Para empezar, el punto de partida de Quine para el análisis del significado “es que la unidad básica de comportamiento lingüístico son los enunciados, no las palabras”¹⁶.

Respecto del *sentido*, Quine analiza la noción desde el punto de vista de la posibilidad de traducir un lenguaje a otro y por lo tanto desde la identidad de expresiones en distintas lenguas. La conclusión es que “si la traducción se fundamenta en la identidad de significado, y ésta no puede ser una identidad necesaria, basada en significados objetivos, sino sólo aproximada, inferida de las conductas observables, entonces la traducción está indeterminada, es decir, no es *necesaria*”¹⁷. Si en Frege los sentidos son entidades objetivas y necesarias (como la luna que se refleja en la lente del telescopio), en Quine resultan ser *indeterminados*.

Respecto de la *referencia*, Quine dirá que si los sentidos están indeterminados, la referencia ha de estar indeterminada *a fortiori*. “Si no se puede saber con exactitud *qué dice* otro hablante, tampoco podremos saber a qué *realidades* se refiere. ¿Cómo resuelve Quine la cuestión de la referencia? Para eso recurre a la distinción sujeto/predicado. La tesis es la siguiente: “los sujetos refieren a través de los predicados, y los predicados son definidos (son significativos) en el seno de una teoría”¹⁸. ¿A qué entidades apunta entonces la referencia? Pues a aquellas que una teoría define como tales. A esto se refiere Quine al decir *ser es ser el valor de una variable*, es decir, ser es ser definido por una teorías, ya que “una variable es el sujeto de atribución de predicados”¹⁹. La conclusión de Quine relativa a las referencias es la siguiente: podemos considerar solo “aquellas entidades que satisfacen los predicados definidos en el seno de una teoría”²⁰.

Podemos orientar esta doble crítica respecto del sentido y la referencia hacia la crítica de *Dos dogmas del empirismo*. Respecto del *sentido* Quine pasa de entidades objetivas a una indeterminación relacionada con la imposibilidad de traducir enunciados de un lenguaje a otros. El primero de los dogmas que critica, tiene que ver con la analiticidad, que refiere a la noción de sinonimia. La disolución de las entidades objetivas del sentido hacia una indeterminación de la traducción, pasa por la crítica de la sinonimia que funda la analiticidad (el artículo podría criticar la sinonimia más que la analiticidad). Respecto de la *referencia*, en Frege es posible la determinación de

¹⁵ J. L. Blasco. 2004, pp., 183

¹⁶ J. L. Blasco. 2004, pp., 184

¹⁷ J. L. Blasco. 2004, pp., 185

¹⁸ J. L. Blasco. 2004, pp., 187

¹⁹ J. L. Blasco. 2004, pp., 187

²⁰ J. L. Blasco. 2004, pp., 187

referencias de términos singulares. La postura de Quine no sólo consiste en ampliar la unidad significativa a la oración, sino en negar la posibilidad de que esta pueda confrontarse de forma aislada con los hechos. Esto sólo puede comprobarse respecto de una teoría completa²¹. Para alcanzar tal posición, es necesaria la crítica del dogma de reductivismo. El pragmatismo conduce a un holismo semántico, pero antes es necesaria la crítica del dogma del reductivismo.

Vista esta introducción en la que hemos presentado la semántica realista y el pragmatismo que defiende una visión holista del verificacionismo, podemos comprender cómo el artículo de Quine, *Dos dogmas del empirismo*, puede entenderse como una crítica de dos supuestos de la semántica realista previos a afirmar una semántica holista del pragmatismo. *Dos dogmas del empirismo* es un paso necesario en el camino hacia una teoría holista –pragmática– del significado.

DOS DOGMAS DEL EMPIRISMO

El artículo de Quine es una crítica de dos dogmas en que se apoya la semántica realista. Ambos supuestos sirven para explicar el significado según la tesis de que la epistemología está basada en una ontología fundamental. Se trata de la idea del isomorfismo que hemos analizado desde Leibniz a Wittgenstein. Estos dogmas son analiticidad y el reductivismo. El primero está relacionado con la determinación del sentido, el segundo con la referencia. Ambos deben estar relacionados, pues la noción de significado. La postura de Quine no es en absoluto ajena al empirismo sino más bien interna a esta. En lugar de un verificacionismo reductivista contrastable oración a oración, es decir, en lugar de un empirismo según una relación isomórfica entre el lenguaje y la realidad, Quine propone un verificacionismo holista. Lo contrastable con la experiencia no son enunciado individuales sino las teorías completas. La propuesta de Quine es, en definitiva, un empirismo sin dogmas.

La crítica de la filosofía primera

La crítica de *Dos dogmas del empirismo* se dirige a la semántica realista y a su forma de interpretar el significado. La semántica realista por la relación entre lenguaje y mundo que sostiene permite un tipo de saber relacionado con la analiticidad al que Quine se refiere con el nombre de *filosofía primera*. Es justamente la defensa de este tipo de saber lo que perpetua la semántica realista y lo que interrumpe el camino hacia

²¹ Para el pragmatista, el enunciado no es la parte simple que construye el todo complejo, sino al revés, el enunciado depende del sistema: “la unidad de significación no es el elemento sino el sistema” J. L. Blasco. 2004, pp., 200.

Esta postura pragmática conduce a la aceptación del *holismo semántico*. En contra de la semántica realista, el pragmatismo sostiene que “si los enunciado elementales no están determinados únicamente por la experiencia, sino también por el sistema al que pertenecen, entonces la unidad significativa sería la teoría, en el sentido amplio en el que la hemos definido”. J. L. Blasco. 2004, pp.,200

el pragmatismo según una semántica holista. Las raíces de esta forma de conocimiento parten del platonismo, y puede rastrearse en Locke, cuando “indica cómo los significados de todas las expresiones que podemos entender deben ser caracterizables a partir de ideas”²². En el siglo XX es recuperada por Frege a propósito de cierta interpretación mentalista del significado a la que nos hemos referido por platonismo semántico. Wittgenstein es otro de los representantes de esta forma de conocimiento. Se trata de “una actividad intelectual que es distinta a la actividad científica y que es también lógica y epistémicamente anterior a ésta”²³. Garcia-Carpintero nos ofrece una definición:

“la creencia de una filosofía primera es la creencia en una actividad puramente conceptual e independiente de la investigación de los hechos extralingüísticos, sin la que la investigación de los hechos extralingüísticos no podría existir (de ahí su prioridad lógica) y que, como mínimo, la orienta (de ahí la prioridad epistémica). Según algunos filósofos, la filosofía primera hace algo más que eso: “fundamenta” o “sienta sus bases”, esto es, justifica la verdad de ciertas afirmaciones de las que depende la verdad de cualquiera de las que investigan los científicos. El filósofo investiga los significados de las expresiones que utiliza el científico, los conceptos que éste emplea”²⁴.

La filosofía primera es una actividad independiente de los hechos extralingüísticos que puede sostenerse desde la perspectiva del realismo semántico. El lenguaje mantiene una independencia no sólo del mundo. El análisis lógico del lenguaje proporciona las bases para referirse al mundo²⁵ y por tanto, las bases para determinar qué proposiciones son verdaderas. En tanto que independiente del mundo, la *filosofía primera*, permite al filósofo distinguirse del científico:

“Una cosa es el examen del contenido de nuestros enunciados; otra, el examen de su verdad o falsedad. La primera, la tarea analítica, es la del filósofo; la segunda, la tarea empírica, es la del científico. En el sentido trivial, la primera es más importante que la segunda: sin saber que dicen nuestros enunciados, mal podemos empezar a averiguar su verdad”²⁶

²² MANUEL GARCÍA-CARPINTERO. *Las palabras, las ideas y las cosas*. Ariel S.A., 1996. Barcelona. pp., 429

²³ M.García-Carpintero, 1996, pp., 429

²⁴ M.García-Carpintero, 1996, pp., 429

²⁵ “Ésta es una actividad por completo independiente del estudio de los hechos extralingüísticos, que puede elevarse a cabo lejos del laboratorio. Le muestra así el filósofo al científico cómo comprobar la verdad de ciertas afirmaciones enteramente expresables en términos de ideas. Además, quizás, el filósofo legitima las afirmaciones bien justificadas de los científicos, al mostrar cómo las afirmaciones en que se basan cualesquiera de ellas (las afirmaciones sobre la existencia de propiedades que corresponden a las ideas simples que estamos teniendo) son verdaderas” M.García-Carpintero, 1996, pp., 429

²⁶ M.García-Carpintero, 1996, pp., 437

Los dos dogmas de la filosofía primera

El primer dogma que critica Quine es la existencia de una distinción no de grado, sino de cualidad: por un lado las verdades analíticas, verdades sólo en virtud de los significados (o de los conceptos); por otro, verdades sintéticas, que lo son además en virtud de los hechos extralingüísticos. Esta división justifica la distinción entre una actividad filosófica o filosofía primera, dedicada al ámbito de las significaciones, y una actividad científica relacionada con los hechos.

El segundo dogma es el reduccionismo según el cual hay enunciados analíticos concernientes a la experiencia sensible. Por un lado tenemos las proposiciones empíricas, pero por otro hay un tipo de enunciados refiriéndose al mundo son enunciados analíticos. Son los que, por ejemplo, hablan de Julio Cesar o del oro, y son analíticos en virtud de la relación entre reduccionismo y analiticidad:

“Este dogma [reduccionismo] está estrechamente relacionado con el anterior [analítico/sintético]; la idea es que, mediante el análisis semántico, se pueden sustituir las palabras que aparecen en esos enunciados por otras *de igual significado* de modo que al final obtenemos un enunciado que trata sólo de la experiencia sensible”²⁷

El reduccionismo está estrechamente emparentado con la distinción analítico/sintético en la actividad de la filosofía primera. Su labor sería la enunciación del saber “sublime” –como se refiere Wittgenstein a la lógica en el *Tractatus*–, no empírico y condición de posibilidad de lo empírico, es decir, la enunciación de verdades analíticas.

La crítica de la distinción analítico/sintético

Quine no construye una crítica definitiva del dogma de la analiticidad. Más bien, su estrategia consiste en “mostrar que ninguna de las propuestas que se han efectuado para justificarlas es aceptable. De esto concluye que las tesis son dogmáticas, en el sentido de que sus partidarios las creen por un acto de fe y no por tener buenas razones para ello”²⁸.

Analiticidad: verdades lógicas y sinonimia

Quine comienza analizando la noción de analiticidad según la definición kantiana (“un enunciado es analítico cuando es verdadero por virtud de significaciones e independiente de los hechos”²⁹). Esto conduce a la noción de *significación*, que Quine distingue de la noción de referencia:

“Una vez tajantemente separadas la teoría de la referencia y la de la significación, basta dar un breve paso para reconocer que el objeto primario

²⁷ M.García-Carpintero, 1996, pp., 431

²⁸ M.García-Carpintero, 1996, pp., 431-432

²⁹ Pp 221 quine reprografía

de la teoría de la significación es, simplemente, la sinonimia de las formas lingüísticas y la analiticidad de los enunciados”³⁰

Quine no discute la analiticidad de las verdades lógicas, que “es un enunciado que es verdadero y sigue siéndolo para cualquier interpretación de sus componentes que no sean partículas lógicas.”³¹ Sin embargo las verdades lógicas no son más que un pequeño subconjunto de lo que tradicionalmente se ha considerado como verdades analíticas. Una concepción del significado como la de Locke o la del *Tractatus*, reconoce más verdades analíticas que las verdades lógicas manifiestas. Para Quine esto es posible combinando la noción de verdad lógica con la de sinonimia. Así pues, la discusión de la analiticidad se traslada a la noción de sinonimia de las formas lingüísticas según la cual todo enunciado analítico pueda convertirse en una verdad lógica sustituyendo sinónimos por sinónimos³².

Una alternativa para explicar la analiticidad consiste en la descripción de estado de Carnap que Quine define como “cualquier asignación exhaustiva de valores veritativos a los enunciados atómicos, no compuestos, del lenguaje”³³. Tal intento, resume Quine, “es en el mejor de los casos, una reconstrucción de la verdad lógica, y no de la analiticidad”

Definición

Puede intentar resolverse la analiticidad de unas oraciones reduciéndolas a verdades lógicas por definición. Es decir, en lugar de definir la analiticidad como verdades lógicas mas sinonimia, puede intentar hacerse según las nociones de verdad lógica y de definición. Quine analiza esta noción. Una primera conclusión es que las definiciones recogen relaciones de sinonimia que se dan entre los términos. La definición no puede ser fundamento de la sinonimia pues no hace sino informar acerca de la sinonimia observada, “la definición descansa en la sinonimia más que explicarla”³⁴.

Una alternativa a la noción de definición es la noción de *explicación* de Carnap que trata de “perfeccionar el *definiendum*, afinando o completando su significación”³⁵. Esta noción que no pretende recoger la sinonimia preexistente, acaba por hacerlo.

La conclusión de Quine es que “la definición –excepto en el caso extremo de la definición explícitamente convencional de nuevas notaciones– se basa en relaciones de sinonimia anteriores”³⁶. La definición estipulativa, si es analítica, pero todas las definiciones no podrían ser de este tipo; si lo fueran, la distinción analítico/sintético desaparecería. Al decir que “el oro es amarillo” es una verdad analítica, no lo hacemos en virtud de estar dando una definición estipulativa. En tal caso, cualquier cosa sería una verdad analítica, pues podría decirse que uno está dando una definición estipulativa de

³⁰ QUINE, *Dos dogmas del empirismo*. 1951, pp., 222 (sigo la paginación del artículo dejado en reprografía)

³¹ Quine, 1951, pp., 223

³² Quine, 1951, pp., 228

³³ Quine, 1951, pp., 223

³⁴ Quine, 1951, pp., 225

³⁵ Quine, 1951, pp., 225

³⁶ Quine, 1951, pp., 226

Kant, por ejemplo, al decir “Kant era puntual”. La conclusión es que “entendemos tan poco la idea de una *verdad en virtud puramente del significado* como la idea de *enunciado que da la definición real de un término*”³⁷. Habíamos hecho depender la analiticidad del significado, y este de las verdades lógicas y la sinonimia. Al fin la noción de analiticidad depende de la sinonimia, y la noción de definición no es capaz de aclararla.

Intercambiabilidad

Otra explicación de la sinonimia consiste simplemente en definirla según su “intercambiabilidad en todos los contextos sin que cambie su valor veritativo; intercambiabilidad *salva veritate*, según la expresión de Leibniz”³⁸:

“dos expresiones son sinónimas cuando son intercambiables en todo contexto *salva veritate*, es decir, de modo tal que el valor de verdad del enunciado en que se efectúa el intercambio se preserva: si era falso sigue siendo falso tras el cambio, y si era verdadero sigue siendo verdadero”³⁹

Sin embargo una noción de intercambiabilidad capaz de dar cuenta de la sinonimia necesita de ciertos adverbios. “La explicación correcta de *sinonímia* en términos de intercambiabilidad, pues, debe apelar a la intercambiabilidad *salva veritate* en contextos intensionales, contextos en que se habla de lo que es necesario o de lo que es posible”⁴⁰. Esta explicación “no es iluminadora, pues presupone conceptos como aquellos que se intenta explicar, en este caso los conceptos modales interdefinibles de *posibilidad* y *necesidad*”⁴¹.

En un lenguaje intencional, la intercambiabilidad *salva veritate* es condición suficiente de la sinonimia cognitiva, “pero ocurre que un tal lenguaje no es inteligible más que si la noción de analiticidad se entiende ya por anticipado”⁴². En lenguajes extensionales, la intercambiabilidad *salva veritate* “no garantiza una sinonimia cognitiva del tipo deseado”⁴³.

Reglas semánticas

Tras intentar en vano aclarar la analiticidad según el significado –y este a su vez según la sinonimia y la definición–, Quine analiza la posibilidad de explicar la analiticidad según reglas semánticas de un lenguaje. Concluye:

“Las reglas semánticas como determinantes de los enunciados analíticos de un lenguaje artificial no tienen interés más que si hemos entendido ya la noción de analiticidad; pero no prestan ninguna ayuda en la consecución de esa comprensión”⁴⁴

³⁷ M.García–Carpintero, 1996, pp., 435

³⁸ Quine, 1951, pp., 227

³⁹ M.García–Carpintero, 1996, pp., 435

⁴⁰ M.García–Carpintero, 1996, pp., 436

⁴¹ M.García–Carpintero, 1996, pp., 436

⁴² Quine, 1951, pp., 220

⁴³ Quine, 1951, pp., 230

⁴⁴ Quine, 1951, pp., 234

La crítica del reduccionismo

Quine se refiere a dos ámbitos que determinan la verdad de los enunciados:

“Es obvio que la verdad en sentido general depende a la vez del lenguaje y del hecho extralingüístico”⁴⁵

En relación con el lenguaje cuestiona el dogma de la analiticidad, en relación al mundo, el dogma del reduccionismo. Mi tesis es que el primer dogma tiene que ver con el sentido y el segundo con la referencia según la distinción fregeana. Quine hace una revisión de esta distinción para adaptarla a una perspectiva holista. Para ello, es necesario dejar atrás ambos dogmas. El primero lo trata en los cuatro primeros puntos de su artículo, el segundo en el quinto. Queda por tanto comprobar la referencia a los hechos para completar la crítica del significado según la semántica realista. Según el empirismo la referencia de las entidades significativas apunta a los hechos: “*lo que queremos decir* cuando hablamos de esas entidades concierne en realidad a la experiencia sensible”⁴⁶. El dogma reduccionista⁴⁷ que critica Quine asegura que la relación entre el lenguaje y los hechos puede confrontarse tomando oraciones aisladas.

En un recorrido histórico, Quine muestra como la formulación del verificacionismo es ampliada sucesivamente hasta llegar a la forma del reduccionismo radical que supone una referencia directa según la cual “todo enunciado con sentido es traducible a un enunciado (verdadero o falso) acerca de la experiencia misma”⁴⁸. Esta es la forma dogmática del verificacionismo que Quine critica. Para ello analiza la evolución de la unidad lingüística que se verifica con los hechos. Para Hume y Locke: “toda noción se origina directamente en la experiencia sensible”⁴⁹. Según Tooke para que un término sea significativo tiene que ser el nombre de un dato sensible, o bien un compuesto de tales nombres o una abreviatura de un compuesto de esa naturaleza⁵⁰. Frege, por último, ampliando la unidad significativa, toma enunciados completos, exigiendo que estos, y no los términos individuales, sean traducibles como totalidades al lenguaje de los datos sensibles. Es en este punto del reduccionismo el que Quine critica:

“El reduccionismo radical, concebido con los enunciados como unidades, se pone la tarea de especificar un lenguaje de los datos sensibles y de mostrar la forma de traducir a él, enunciado por enunciado el resto del discurso significativo”⁵¹

De esta forma cada enunciado está asociado a un único campo posible de la experiencia, de forma que la ocurrencia de esos hechos confirma o falsea el enunciado. Tal confirmación puede darse para un enunciado aislado del resto. Esta contrastación es posible para enunciados sintéticos, pero también para enunciados analíticos. Aquel tipo

⁴⁵ Quine, 1951, pp., 235

⁴⁶ M.García-Carpintero, 1996, pp., 431

⁴⁷ “El dogma fundacionalista [verificacionista] no es más que la formulación del aspecto semántico del empirismo” M.García-Carpintero, 1996, pp., 431

⁴⁸ Quine, 1951, pp., 236

⁴⁹ Quine, 1951, pp., 236

⁵⁰ Quine, 1951, pp., 236

⁵¹ Quine, 1951, pp., 237

límite de enunciados que resultan confirmados ocurra lo que ocurra son enunciado analíticos.

El reduccionismo y la noción de analiticidad

El verificacionismo en su forma de reduccionismo radical “presenta la tentación de suponer que la verdad de un enunciado es algo analizable en una componente lingüística y una componente fáctica”⁵². El dogma reduccionista supone posible contrastar enunciados aislados con la experiencia, de manera que un enunciado pueda ser siempre verdadero: es una forma de aprioricidad. Si la contrastación tiene una parte lingüística y otra fáctica, en los enunciados analíticos, la parte fáctica es nula. Se trata de una consecuencia de la posibilidad de contrastar enunciado aislados. Para Quine “la convicción de que esa línea debe ser trazada es un dogma nada empírico de los empiristas, un metafísico artículo de fe”⁵³.

De esta forma el verificacionismo, según el dogma reduccionista no hace sino sostener la noción de analiticidad. Quine lo resume

“el primer dogma sostiene al segundo del modo siguiente: mientras se considere significativo en general hablar de la confirmación o la invalidación de un enunciado, parece también significativo hablar de un tipo límite de enunciados que resultan confirmados vacuamente, *ipso facto*, ocurra lo que ocurra; esos enunciados son analíticos”⁵⁴

La posibilidad de considerar aisladamente enunciados como enunciado *a priori*, permite que su verdad sea determinada al margen de los hechos (con anterioridad a los hechos), de forma que éstos siempre confirmen la proposición. Este tipo de enunciados son enunciados analíticos. Su condición de posibilidad no es otra que el dogma reduccionista, es decir, la posibilidad de contrastarlos aisladamente con la experiencia.

Según esto, un enunciado es analítico “en aquel caso en que resulta confirmado en cualquier supuesto”⁵⁵. No hace falta recurrir a nociones como definición o intercambiabilidad para aclarar la sinonimia que junto con la noción de verdades lógicas determina la analiticidad. El reduccionismo proporciona una definición alternativa de sinonimia: “unos enunciados son sinónimos si y sólo si coinciden en cuanto al método de confirmación o invalidación empírica”⁵⁶; no es necesario apelar a la sinonimia de las formas lingüísticas. Según esto, “un enunciado puede describirse como analítico con tal de que sea sinónimo de un enunciado lógicamente verdadero”⁵⁷. Quine concluye:

“Así pues, si la teoría de la verificación [según el dogma reduccionista] puede aceptarse como explicación adecuada de la sinonimia de enunciados, la noción de analiticidad se salva en última instancia”⁵⁸

⁵² Quine, 1951, pp., 235

⁵³ Quine, 1951, pp., 235

⁵⁴ Quine, 1951, pp., 235

⁵⁵ Quine, 1951, pp., 235

⁵⁶ Quine, 1951, pp., 235

⁵⁷ Quine, 1951, pp., 236

⁵⁸ Quine, 1951, pp., 236

Verificacionismo según una semántica holista

La crítica de Quine se dirige al verificacionismo según el dogma reduccionista, es decir según la posibilidad de constatar enunciados aislados con los hechos.

“hablar de una componente lingüística y una componente factual en la verdad de cualquier enunciado particular es un sinsentido que da lugar a muchos otros sinsentidos. Tomada en su conjunto, la ciencia presenta esa doble dependencia respecto del lenguaje y respecto de los hechos; pero esta dualidad no puede perseguirse significativamente hasta los enunciados de la ciencia tomados uno por uno”⁵⁹

El propio Quine no rechaza la idea verificacionista, según la cual “cualquier afirmación es en último término una afirmación sobre la experiencia”. Quine acepta el verificacionismo, pero bajo una forma distinta. Si bien Frege amplió la unidad de confirmación de los términos singulares a los enunciados, estos siguen siendo para Quine inconsistentes para tal contrastación. La unidad de contrastación debe ser ampliada:

“Lo que ahora afirmo es que nuestra red sigue siendo de mallas demasiado estrechas incluso cuando tomamos el enunciado entero como unidad. La unidad de confirmación empírica es el todo de la ciencia”⁶⁰

La propuesta de Quine es un verificacionismo *holista*, donde

“nuestros enunciados acerca del mundo externo se someten como cuerpo total al tribunal de la experiencia sensible”⁶¹

Los enunciados por tanto, dejan de tener un vínculo directo con los hechos:

“Ninguna experiencia concreta y particular está ligada directamente con un enunciado concreto y particular en el interior del campo, sino que esos ligámenes son indirectos, se establecen a través de consideraciones de equilibrio que afectan al campo como un todo”⁶²

Estructura del conocimiento: interior y periferia

Si el conocimiento podía ser contrastado enunciado a enunciado, y esto ya no es posible, ¿qué nueva estructura tendrá el conocimiento? Pues bien, Quine utiliza dos símiles que recogen la misma idea. En el primero, el conocimiento “es una fábrica construida por el hombre y que no está en contacto con la experiencia más que a lo largo de sus lados”⁶³. En el segundo, “el todo de la ciencia es como un campo de fuerzas cuya condiciones límite da la experiencia”.⁶⁴ La idea general es que hay un

⁵⁹ Quine, 1951, pp., 239

⁶⁰ Quine, 1951, pp., 239

⁶¹ Quine, 1951, pp., 238

⁶² Quine, 1951, pp., 240

⁶³ Quine, 1951, pp., 240

⁶⁴ Quine, 1951, pp., 240

interior y una periferia en contacto con la experiencia. Los ajustes del interior determinan la relación de la periferia con la experiencia.

“Un conflicto con la experiencia en la periferia da lugar a reajustes en el interior del campo: hay que redistribuir los valores veritativos entre algunos de nuestros enunciados. La nueva atribución de valores a algunos enunciados implica la re-valorización de otros en razón de sus interconexiones lógicas –y las leyes lógicas son simplemente determinados enunciados del sistema, determinados elementos del campo”⁶⁵

Se parece a las figuras isomórficas que representan la realidad en el *Tractatus*. La diferencia fundamental es que mientras que para Wittgenstein hay una correspondencia estática entre los elementos y relaciones de la representación con su correlato en la realidad, en Quine esta correspondencia parece dinámica y no completa. Es decir, no se corresponden todos los términos sino sólo algunos, y además estos no tienen por qué ser siempre los mismos. Es como si en la figura de Wittgenstein Quine distinguiera un interior donde se concentran las relaciones, y un exterior donde se encuentran los elementos que pueden corresponderse con el mundo.

El modelo de Quine “hay mucho margen de elección en cuanto a los enunciados que deben recibir valores nuevos a la luz de cada experiencia contraria al anterior estado del sistema”⁶⁶. Hay un reajuste constante en función de la experiencia. El criterio para los ajustes es que “el contorno del sistema tiene que cuadrar con la experiencia”⁶⁷. Este ajuste afecta a todos los enunciados; no hay un vínculo de estos con la realidad sino un ajuste: “será entonces erróneo hablar del contenido empírico de un determinado enunciado –especialmente si se trata de un enunciado situado lejos de la periferia del campo–”⁶⁸. Evidentemente, esto tiene consecuencias para con la noción de analiticidad.

Enunciados analíticos

Si todos los enunciados están sujetos a revisión,

“resulta entonces absurdo buscar una divisoria entre enunciados sintéticos, que valen contingentemente y por experiencia, y enunciados analíticos que valen en cualquier caso. Todo enunciado puede concebirse como valedero en cualquier caso siempre que hagamos reajustes suficientemente drásticos en las otras zonas del sistema”⁶⁹

Teoría vs Ontología

La finalidad de la ciencia es para Quine “predecir experiencia futura a la luz de la experiencia pasada”⁷⁰. Epistemológicamente, esto se traduce en que todas las entidades propuestas por la ciencia tienen la misma base, “los objetos físicos y los dioses difieren sólo en grado, no en esencia”⁷¹. Sólo que “unos son mejores que otros

⁶⁵ Quine, 1951, pp., 240

⁶⁶ Quine, 1951, pp., 240

⁶⁷ Quine, 1951, pp., 242

⁶⁸ Quine, 1951, pp., 240

⁶⁹ Quine, 1951, pp., 240

⁷⁰ Quine, 1951, pp., 241

⁷¹ Quine, 1951, pp., 241

por el grado en que favorecen nuestro manejo de la experiencia sensible”⁷². En sus palabras,

“introducimos con razón conceptualmente los objetos físicos en esta situación porque son intermediarios convenientes, no por definición en términos de experiencia, sino irreductiblemente puestos con un estatuto epistemológico comparable al de los dioses de Homero”⁷³

Las hipótesis ontológicas y las científico naturales van a la par. Para separarlas, según Carnap, es necesario asumir la distinción analítico/sintético, pero como hemos visto, esta no es sostenible.

* * *

La idea es dar el significado en función del todo. Como dijimos al principio es una propuesta que tiene sus raíces en el conductismo y en la idea de que son los usos lingüísticos los que determinan el lenguaje y no las nociones de la semántica realista. Estas nociones funcionaban según dos dogmas, la analiticidad (que aquí no es posible puesto que la revisión afecta a todos los enunciados, no hay por tanto ninguno verdadero para toda circunstancia) y el reductivismo. Según este último los enunciados podían contrastarse aisladamente con la realidad, pero si consideramos que es la teoría como un todo la que determina el significado, no puede haber enunciado que se verifiquen con independencia del todo.

El fin que persigue Quine con su propuesta no es otro que un esquema conceptual de la ciencia capaz de “predecir experiencia futura a la luz de la experiencia pasada”⁷⁴. La idea recuerda a Kant, cuando en la *Crítica de la razón pura* propone examinar la ciencia desde una perspectiva trascendental, y se pregunta, “¿qué indicios nos harán esperar que, en una renovada búsqueda, seremos más afortunados que otros que nos precedieron?”⁷⁵. El método científico como un esfuerzo por afinar la fortuna. Parece que el esquema científico en última instancia es cuestión de minimizar el azar, es decir, una cuestión de asegurar la buena suerte: la ciencia como intento de universalización y objetivación de la buena suerte. ¿Por qué esta empresa? ¿Por qué tan importante la suerte? Quizás podamos recordar las palabras de Aristóteles

“Pues la felicidad requiere, como dijimos, una virtud perfecta y una vida entera, ya que muchos cambios y azares de todo género ocurren a lo largo de la vida, y es posible que el más próspero sufra grandes calamidades en su vejez, como se cuenta de Príamo en los poemas troyanos, y nadie considera feliz al que ha sido víctima de tales percances y ha acabado miserablemente”⁷⁶.

⁷² Quine, 1951, pp., 242

⁷³ Quine, 1951, pp., 241

⁷⁴ Quine, 1951, pp., 241

⁷⁵ KANT KrV B XV

⁷⁶ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, 1100 a 5.